

Doña Ursula llegó á casa de sus hermanos al dia siguiente de salir de ella Isabel en busca de la religiosa que la condujo á casa de la Duquesa para hacer compañía á Amelia.

Fué recibida con bastante mal humor por parte de su cuñada la gruesa Doña Escolástica, la que, al preguntarle por la pobre huérfana, le respondió:

—Tu hermano te dará cuenta de ella.

—La entregué á la superiora de las hermanas del hospital general, repuso Don Ciriaco.

—¡No tienes tu malas hermanas! refunfuñó airada su esposa.

—¡Calla, mal pensada!

—Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades.

—Mentiras es lo que dices tú.

Doña Ursula dejó á los dos esposos en su reyerta, se puso su mantilla, y se dispuso á ir en busca de la superiora.

—¡Válgame Dios! exclamó Doña Escolástica, que no podía vivir cinco minutos sin regañar por algo. Yo no sé lo que tiene esa jóven, que parece que os ha dado á comer sesos de mosquito á los dos hermanos.

—¡Ay, Escolástica, es un ángel! repuso Doña Ursula, acabando de arreglarse para salir: pero con muy mala suerte: á la pobrecita la dejó su tía una fortunita regular; pero un pícaro de criado que habia en casa, se llevó el cofrecito que la encerraba, en tanto que yo estaba distraida con la difunta.

—¡Vaya unas distracciones! solo á tí te pasan esas cosas!

—¡Qué quieres, estaría de Dios!

—¡O del diablo! ¿y cuánto habia encerrado en el cofrecito?

—Dos mil duros para ella y mil para mí.

—¿Qué? ¿te dejó tu señora mil duros?

—Sí.

—Tú has nacido de pié como los gatos.

—¡Para lo que me ha servido!

—Porque te caes de tonta.

—No lo creas, ¡si viera al malvado!...

—¿Qué harías?

—Dar parte á la justicia.

—¿Y qué adelantarias?

—Algo adelantaría, porque el jardinero le vió salir con el cofrecito bajo el brazo: pero creyó que le enviaba yo á algun recado, y le dejó pasar.

—¿Y declararía como testigo?

—Yo lo creo; pero en fin, me voy á ver si consigo descubrir el paradero de esa pobre señorita Isabel.

—Mira, y de paso da encargo de alguna casa para tí, porque, hija, ésta se viene abajo por el mal gobierno de tu hermano.

—¡Grandísima pícara! exclamó D. Ciriaco: ¿con que se viene abajo por mi mal gobierno? ¡pues me gusta; por darte tú una vida de princesa sí que es!

—Porque gastas sin conciencia.

—Porque pagas planchadora para tus enaguas, peinadora para cuatro pelos que tienes, criada que te guise tus continuos apetitos, y á la Felipa para que te haga los recados: ¡eso sí que es, eso sí!

—Hermano, dijo Doña Ursula, vuestra casa va á mal porque cada uno de vosotros tira para sí, ó mejor dicho, tira por su lado: así es que anda revuelta, y á rio revuelto... ya sabeis

el refran, ganancia de pescadores: ¿sabeis quién se come vuestra hacienda y vuestra casa? todos esos que entran y salen: todos esos que ponen buena cara al pobre de Ciriaco con el solo fin de sacarle los cuartos: yo creo que el matrimonio es una hacienda en la que cuantos ménos trabajadores, mucho mejor: la cosa es unirse bien, y trabajar de comun acuerdo para la vejez.

—¿Y qué haré yo con trabajar, si mi mujer es una manirota golosa? exclamó D. Ciriaco.

—¿Y qué haré yo con sujetarme á comer malo y poco si mi señor marido lo gasta todo en vicios? añadió Doña Escolástica.

—Nada: si los dos no vais á una, seguro que no hareis nada: pero uno ha de empezar: y esa, Escolástica, debe ser la mujer.

—Eso es: tú abogando por tu hermano.

—Abogo por los dos, y, al hablar así, pienso más en tí que en él.

—¿De veras?

—Sin duda: tú eres la que sacarás más ventajas del arreglo de tu casa.

Esto diciendo, salió Doña Ursula, en busca de la superiora, que le dió las señas de la casa en que se hallaba Isabel.

Esta tuvo al verla una verdadera alegría.

Escuchó llorando todos los pormenores de la muerte de su tía, muerte tan sola, tan desgraciada, pues podía decirse que la habian asesinado sus propios hijos.

Ménos sensible fué la jóven á la noticia de la pérdida de la modesta fortuna que debia al cuidado y cariño de Doña Bibiana.

—¡Oh! ¡como yo encuentre al infame Gregorio! exclamó Doña Ursula al concluir, ¡yo le daré su merecido!

—Y si Vd. no le encuentra, Dios se lo dará, dijo Isabel: ¿pero cómo pudo hacer semejante infamia el mismo hombre que tuvo la generosidad de darme lo que faltaba para tomar mi billete en la diligencia?

—La ocasion hace al ladron, y entonces fué mucha verdad este refran, como lo son casi todos los refranes: la ocasion le cegó: se halló solo conmigo, yo estaba distraida, y escapó con el dinero: ¡ah! bien me vendrian ahora esos mil duros para levantar la casa de mi hermano, que está tan mal!

—Doña Ursula, Vd. es buena y generosa, y Dios no la abandonará: yo tambien me hubiera alegrado de recoger la manda de mi buena y querida tía, para haber ayudado al bienestar de sus hermanos: ¡pero cómo ha de ser! ¡solo

tengo mi buen deseo! si algun dia puedo, no dude Vd. que lo haré.

—¡Lo creo, señorita, lo creo! Vd. es un angel.

—Quiere Vd. ver á Aurora y á German? preguntó la jóven deseando esquivar las alabanzas de la anciana: aquí tengo las señas.

—¡Con vida y alma! repuso Doña Ursula.

—Tome Vd., pues, dijo Isabel dándole la tarjeta que le habia entregado Aurora.

La anciana se despidió de Isabel y se fué directamente á ver á los hijos de su antigua señora, que vivian cerca.

La persona que abrió fué Gregorio.

Al reconocer al ladron, la pobre señora dió un agudo grito, que le hizo palidecer.

Sin embargo, uno y otro se recobraron al instante: Doña Ursula queria disimular para que Gregorio no se le escapase; y éste creyó que el grito seria ocasionado solo por la sorpresa, y que Doña Ursula no podia saber que fuese él el autor del despojo.

La buena mujer estuvo un rato con Aurora, á la que contó lo que habia sucedido.

—¿Quiere Vd. que sea German el que tome sobre sí el negocio de castigar á ese malvado? preguntó al ama de gobierno.

—No, señorita, dijo Doña Ursula: conozco lo que son los señores jóvenes, y además el carácter del señorito, y no quiero darle esta molestia; mi hermano lo hará: solo quiero que me guarde Vd. el secreto, y yo me haré tambien la desentendida para que no se nos escape con la presa.

Doña Ursula, al salir, se halló á Joaquina, quien al parecer, se alegró sinceramente de verla, y le participó su casamiento con Gregorio.

—¡Buen par os habeis juntado! se dijo Doña Ursula: ¡pobre casa esta! ¡todo lo que haya será despojo vuestro!

Doña Ursula volvió á casa de su hermano, muy contenta por haber hallado á Gregorio.

Aquella noche, á eso de las doce, estaban cenando Gregorio, Joaquina y la cocinera.

German estaba en el Casino.

Aurora en la habitacion de Matilde.

Habia sobre la mesa del comedor, bien cubierta y preparada, un plato de perdices, otro de jamon y algunas otras viandas más ligeras.

—¿A qué ha venido cenar esta noche? preguntó la cocinera, que era una mujer sin malicia.

—Es porque hoy es el cumpleaños de Gregorio, dijo Joaquina.

—¿Y por eso se celebra á costa de los amos?
—¡Claro, los amos pagan! ¿qué cosa más natural que eso? bastante nos fastidian.

—A mí se me hace cargo de conciencia.

—¡Anda, anda, bebe, tonta! dijo Gregorio.

Y llenó el vaso de la cocinera dirigiendo á su mujer una mirada de inteligencia.

La muchacha, que no dejaba de tener bastante aficion al vino, y más si era exquisito Jerez como aquel, bebió.

—Con este es el tercer vaso, dijo, y ya me da vueltas todo al rededor de mí: ¡si llamaran ahora los señoritos!

—Les abririamos nosotros.

—¿Y si entraran aquí?

—¿Aquí? ¡ya ya! ¿no sabes que yo soy, y no la señorita, la que gobierna la casa?

—Por eso lo haces á tu gusto! dijo Gregorio con una carcajada.

—¡Claro está! esa es la pena que llevan las personas que no se cuidan de lo suyo: el que gobierna, lo hace del modo que le conviene mejor: ¡otro vasito! pero este debe ser de Champagne.

—¡Cómo! ¿hay tambien de ese vino que hace espuma?

—¡Tambien, no faltaba más que no lo hubiese siendo mi cumpleaños! dijo Gregorio.

—¡Pues dicen que va muy caro!

—Tres duros la botella.

—¿Y lo habeis pagado?

—¡Los amos! ¡á su salud!

Cada uno apuró su copa de Champagne.

Diez minutos despues, la cocinera dormia profundamente, rendida por la embriaguez, con los brazos apoyados en la mesa, y la cabeza en los brazos: el infame matrimonio se miró con aire de triunfo, y por los labios de entrambos rodó una sonrisa diabólica.

—¡Vamos! dijo Joaquina, con voz tan queda, que su marido más bien la adivinó que pudo oirla.

Encendió una bugía, é hizo á Gregorio señal de que la siguiera.

Este salió tras ella, y los dos se encaminaron al gabinete de Aurora.

Al lado del lecho habia un hermoso mueble de forma antigua, esculpido y tallado.

Joaquina hizo á su marido otra señal imperiosa, y este sacó una llave maestra de su faltriquera, abriendo con ella la parte superior del mueble.

Apareció un cofrecito de plata bastante grande, que abrió Gregorio, y en cuyo fondo había una gran cantidad de dinero en oro y billetes.

—Carga con él, dijo Gregorio á su mujer, en tanto que yo busco las joyas.

—¡Están en el primer cajon... en el de arriba... dijo Joaquina: despacha!

Gregorio abrió precipitadamente, y aparecieron algunos estuches llenos de joyas; los fué sacando uno á uno, cerró despues, y salió con su compañera, entrando ambos en el cuarto que ocupaban.

—¡Huyamos! exclamó Joaquina, que estaba lívida de terror y de angustia.

—Espera, repuso su marido: no corre tanta prisa: la señorita tardará en volver: ¡y lo que es la que duerme, para rato tiene!

—¡Oh! ¡es que cada instante que paso aquí, me parece un siglo! exclamó la jóven: ¡pobre señorita, la hemos dejado en la miseria! ¡todo lo que tenia nos lo llevamos, todo!

—¿No robó ella antes á su madre? ¡pues el que roba á un ladron tiene cien años de perdon!

—Lo que es eso, es verdad: ella fué una mala hija, y le está bien empleado que hoy tomemos la revancha.

En tanto que así hablaba Joaquina, hacia paquetes de sus ropas y de las de su marido, que éste iba sacando al pasillo, en el que estaban ya el cofrecito del dinero y otra caja grande, en la cual Gregorio había sepultado los estuches de las alhajas.

¡Yo tiemblo! exclamó Joaquina de nuevo, al cabo de pocos minutos: has echado bastante cantidad de polvos en el vino de la cocinera?

—Sí, mujer... no temas: pero date prisa, y larguémonos cuanto antes.

Joaquina acabó apresuradamente sus paquetes, y dijo á su marido:

—Baja tú ahora por si acaso está el portero despierto; le dices que vas á casa de la modista á llevarle algunos trajes para que los reforme: luego acabas de llevártelo todo en otro viaje, y ya no vuelves... yo bajaré despues diciendo que voy en tu busca porque me tiene con cuidado el ver que tardas tanto.

Así se hizo: Gregorio bajó, y al pasar por el departamento del portero, dijo en voz alta:

—¡Vaya una hora de enviarme á casa de la modista! ¡y dos viajes nada ménos!

El portero, que era viejo, y dormitaba en aquel momento, no respondió una palabra.

Volvió á pasar, y pasó tambien Joaquina sin que el hombre entendiase nada de lo que sucedia.

De esta suerte, Aurora, despojada ya de la estimacion pública por su amistad con su vecina, se vió tambien despojada de todo lo que poseía en el mundo, como justo castigo de la hija que despojó y abandonó á su madre.

German no sufrió igual suerte: porque, más previsor que su hermana, tenia todo el dinero fuera de su casa y empleado en diversas especulaciones.

Cerca de las tres de la mañana eran cuando los dos hermanos regresaron á su casa; llamaron repetidas veces sin que nadie les abriese, y al fin, uno de los criados de Matilde bajó á un patio interior, subió por las rejas del piso bajo y ganó una ventana que daba á una galería, penetrando en la habitacion, y yendo á abrir la puerta para que pudiesen entrar Aurora y German.

La jóven, al ver las puertas y los cajones abiertos, al ver que ni la camarera ni su marido respondian, ni se hallaban en la casa, comprendió toda la extension de su desgracia, y echó á llorar amargamente.

Su hermano trató de consolarla, y luego se fué á acostar.

Creía hacer demasiado con no reconvenir-la, porque mil veces le habia dicho que le diese su dinero, y que él se lo colocaría de una manera ventajosa.

Pero existia entre aquellos dos hermanos una desconfianza amarga que les impedia estimarse, aunque en el fondo de sus corazones se profesasen cariño.

Aurora creía á su hermano capaz de las más grandes dilapidaciones, y habia temido confiarle su dinero.

German, sordamente irritado por esta desconfianza, y creyendo igualmente á su hermana dotada de poco amor al orden y de muy mala cabeza, se habia como emancipado, dándole á entender que nada tendría que ver con cualquiera desastre que le sobreviniese.

Cuando la buena Doña Ursula y su hermano el tendero quisieron hacer valer los derechos de la primera, ya los culpables se hallaban en Inglaterra, bajo cuyo cielo triste y nebuloso fueron á buscar asilo.

XIII

El carácter de Amelia había sufrido una extraordinaria y hermosa transformación desde que Isabel se hallaba á su lado.

Nada hay que aproveche tanto á las jóvenes como el ejemplo, sobre todo, cuando éste es constante, y no parece sino la consecuencia de un bello y apacible carácter.

Lo que no alcanzan con los caracteres indómitos las reflexiones, y aun las reprensiones más duras y más acerbas, lo logran la suavidad y el buen ejemplo.

Amelia, adorada por su padre, y adorada por su abuela, respetaba á éstos mucho menos que á su señorita de compañía.

Isabel no era alegre; pero, á pesar de esto, Amelia advertía al instante en su rostro el más leve aumento de tristeza.

Un día en que la anciana Duquesa se quejaba amargamente delante de Isabel de los ex-